

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Nú-
mero suelto, 10 céntimos. — Anuncio, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

Todos contra los carlistas

* No son las guerras carlistas únicamente por cuestión dinástica. Por el hecho de que la persona que ocupaba el trono se llamase Isabel ó Carlos Isidro no pelearon nuestros abuelos, como tampoco lucharemos ahora porque sea Alfonso ó Carlos. Es algo más hondo y más grave: es el duelo entre el régimen liberal y el régimen despótico que terminó hace cerca de un siglo en toda Europa, y aquí, para vergüenza de España, todavía continúa.

Mal estamos en la situación presente con el régimen liberal falsificado y todos los derechos políticos en plena mistificación. Ningún periódico ha protestado contra la farsa constitucional con más fuerza y claridad que *El Pueblo*; pero es que aun siendo esto tan malo ¿puede compararse ni remotamente con la España regida por el carlismo triunfante?

Don Carlos rey, con su corte de cabezillas cerebriles y de frailes montañeses, ¿permitiría la publicación de periódicos republicanos como hoy se permite? ¿Consentiría la aparición de libros sin ser revisados por la censura eclesiástica armada de todos los poderes de la antigua Inquisición? ¿Toleraría las escuelas de artesanos, las escuelas técnicas y todos los centros de enseñanza que hoy existen emancipados del clericalismo?... ¿Qué había de permitir?

Mal es el militarismo de hoy, pero cómo sería el de mañana si don Carlos triunfase y formara la oficialidad de su ejército con los rústicos feroces que capitanean sus partidas, con los borrachos que le aclaman porque en la guerra ven un medio de seguir trampeando sin trabajar, ó con los fanáticos de buena conducta, pero temibles como animales dañinos, por su estrechez de criterio? Las autoridades de la actual dinastía han sido y son muchas veces injustas y atrabiliarias, pero como vivíamos, por ejemplo, en Valencia el día en que fuese capitán general algún patán del Maestrazgo, elevado á la suprema jerarquía en fuerza de incendiar pueblos y fusilar liberales, y corregidor de la ciudad cualquier mayoral de cordada con su consejo de frailes y su policía de antiguos guerrilleros habituados por varios años de guerra al saqueo de casas y limpia de gallineros?

El pugnante es el presente, pero mil veces peor sería el porvenir si dejásemos tomar incremento al carlismo.

Eso de que á los republicanos no debe importarnos la sublevación carlista y hemos de contemplarla con los brazos cruzados, es una graciosa teoría.

¡Con los brazos cruzados! Eso podría hacerse si los partidarios de las actuales instituciones fuesen en persona á combatir á los carlistas. ¿Pero quién los combate? El Ejército. ¿Y qué es el Ejército? Una parte del Pueblo armado, pues de las masas obreras se extraen los soldados, y al pueblo pertenecen también los oficiales desde que, con la muerte del absolutismo, no se necesitan cuarteles de nobleza para coimir una espada, sino valor é inteligencia. Y siendo una parte del pueblo la que ha de derramar su sangre para vencer por tercera vez al carlismo, ¿hemos de permanecer los republicanos, el gran partido popular, indiferentes, ó cuando más, en actitud expectante ante el peligro absolutista?

¡Cruzados de brazos! Hermoso consejo para los que vivimos dentro de grandes ciudades á donde no llega el peligro y la molestia. Pero las partidas carlistas no van por las nubes ni se alimentan del aire; no van por los pueblos y necesitan raciones, y á nuestros hermanos de los campos, lo mismo republicanos que liberales, á todos los que en las pequeñas poblaciones son enemigos de don Carlos, les hará muy poca gracia esa recomendación de que contemplemos indiferentes el paso de la herda que crece por momentos ayudada por la general pasividad, y saca raciones, suelta palizas, se lleva cuanto dinero encuentra como tributo para su rey y hace imposible la vida fuera de la capital de la provincia.

Admiro los altos y serenos espíritus que, conocedores sin duda de las secretas combinaciones del porvenir, recomiendan la neutralidad ante el carlismo. Yo, más vulgar y de pasiones más pequeñas, declaro que la causa carlista me irrita y enardece hasta el punto de olvidar las consideraciones de humanidad.

Republicano de toda mi vida, llegado á la República directamente sin haber descansado en la deliciosa calma de ningún oasis monárquico, cuando veo alzarse el carlismo en armas, me siento unido con una corriente de solidaridad con todos los que le combatan, sean quienes sean y llámense como se llamen. Pienso en los fusilados de Bechi, en los martirizados de Segorbe, en los carabineiros acuchillados por Savalls, en las mujeres violadas en Cuenca, en los ancianos arrojados en la Sima de Igúzquiza, en los miles de soldados amonionados para siempre en las entrañas del Maestrazgo, de la alta Cataluña y del Norte; en todos los crímenes que formaron la tétrica leyenda de la pasada guerra y que estremecían de espanto á los de aquella generación que entonces abríamos los ojos á la vida; y creo que desde el conservador al anarquista, todos los que comulgamos con más ó menos amplitud en el gran principio de la libertad humana y en los derechos del hombre, debemos combatir al carlismo, que no es un partido político; es la gran sarna nacional que todavía nos excita son sus punzadas como producto de tres siglos de absolutismo y de intolerancia que han envenenado nuestra sangre.

Lo repito: el carlismo no es un partido; es una calamidad nacional; la válvula por donde se escapa y expansiona la criminalidad española. Personas honradas existen entre los carlistas; esto nada tiene de extraño, pues en todas partes las hay. Pero no conozco ni un sólo hecho noble y generoso de los carlistas en armas. En cambio su historia es una serie de asesinatos, incendios y crímenes de todas clases.

Suya es la culpa del atraso de España. En la guerra no prosperan los pueblos, y los carlistas, entre períodos de lucha y períodos de conspiración y amenaza que tienen á la nación en perpetua alarma, han llenado todo este siglo.

Vamos atrasados en más de cien años al progreso de Europa; ¿y quién es el culpable de esto más que el carlismo? Las revoluciones de los partidos liberales sólo han durado enarenada y ocho horas. Se han derribado aquí reyes y se les ha respondido en el trono, sin que por ello sufrieran el comercio, la industria ó la agricultura, ni experimentara el menor quebranto la vida económica del país. Las barricadas en la calle no han arruinado á nadie. Pero los carlistas, en vez de matar á morir por sus ideas en un levantamiento general y buscando á sus enemigos en el corazón de las ciudades tienen el sistema de la guerra interminable, del empobrecimiento nacional, de convertir á España en un cementerio para triunfar más cómodamente; y se echan al campo para destruir fábricas, volar puentes, cortar ferrocarriles, anular, en una palabra, las pocas obras que á costa de grandes esfuerzos ha podido realizar el menguado progreso de este país. Necesitamos para llevarnos y entrar en el camino de la regeneración el auxilio de los capitales extranjeros. ¿Y cómo vendrán á un país donde no existe seguridad para el trabajo y el negocio? Las minas de la provincia de Teruel, esperanza de tantos, quedarán aisladas si se aumentan las partidas. Bilbao, la primera ciudad industrial de España, está bajo la amenaza del carlismo. Los ferrocarriles en construcción paralizarán sus obras si esto sigue; quedarán sin trabajo miles de obreros, y quien sabe si esas gavillas que se sublevarán, según dicen, por el «honor nacional», nos llevarán con una guerra larga á la intervención extranjera!

Cuando se contemplan las grandezas del progreso en Inglaterra, Alemania ó Francia, y se vé hasta Italia por encima de nosotros, no se puede contener una explosión de odio, considerando que nuestro atraso es la obra del carlismo que, con sus largas guerras, dificulta nuestro desarrollo económico.

Por amor á la libertad y á la regeneración del país, ¡todos contra el carlismo!

¿Que el gobierno tiene gran culpa de lo que ocurre?... Lo sabemos; pero cuando las boinas van por las montañas, no es hora de recriminaciones ni de lamentaciones.

¿Que combatiendo al carlismo damos fuerza á la actual dinastía? Pues entre dos males hay que escoger el menos grave, y no creo que lamentando que nuestra indiferencia el desarrollo de los carlistas nos cayera la República en la boca como una breva. Justamente ellos fueron los que aceleraron la muerte de nuestra República del 73: gobernando nosotros cometieron sus mayores crímenes y canalladas.

Contemplamos con la mayor satisfacción cuantas medidas toma el gobierno contra el carlismo, y lo único que sentimos es que al final llegará en pasteles y comedias como todos los gobiernos de la restauración.

Es una vergüenza que en los albores del siglo XX tengamos todavía que ocuparnos de esa gangrena nacional.

«Por el hierro y por el fuego».

BLASCO IBÁÑEZ

*¡Bien, amigo Blasco!
De las pocas veces que la envidia ha
hecho presa en mí, esta es una de ellas.
Leyendo ese artículo, me he dicho:
¿Qué orgulloso no estaría yo de mí,
si hubiera firmado ese hermoso escrito!*

A SU SANTIDAD

Exposición, memorial, mensaje, súplica, instancia ó lo que fuere.

«Beatísimo Padre: Dado que á la estancia en que reposa Su Santidad llegue todavía algún eco perdido del mundo, ya le habrá informado el eminentísimo Rampolla de la criminal intención de que acaba de hacerse reo, en esta nación eminentemente católica, el bando tradicionalista. Seguro es que la noticia de este nuevo conato de lucha fratricida habrá atribulado el corazón magnánimo del Padre común de los fieles. Pero no es á atribulación semejante á lo que debe limitarse la intervención que en el asunto corresponda á Su Santidad.

El partido carlista ha revestido en todo tiempo un marcadísimo carácter religioso; á nombre de la religión, de la fe de nuestros mayores, es como ha llevado una y otra vez á campos y ciudades la ruina y la desolación. Invocando la religión, mató, robó, incendió, violó... En la religión se funda el derecho divino de que deriva don Carlos su pretendida legitimidad. Durante la primera guerra carlista, la Purísima Concepción fué declarada generalísima de las huestes del Pretendiente. A título de religión es como ese partido ha llegado á hacerse popular en comarcas atrasadas, entre poblaciones de fe sencilla, fácilmente sugestionables y propensas al fanatismo. Al grito de ¡viva Dios! fué en repetidas ocasiones ensangrentada esta triste tierra de España, que sería de entre todas la más fecunda si la sangre sirviera de abono. Sacerdotes han sido muchas veces los más feroces cabezillas. Púlpito y confesonario han solido servir al carlismo como medios de propaganda. El clero ha proporcionado con frecuencia á la facción armas, dinero, prosélitos. Desde el prelado al cura de aldea, rara vez han dejado los representantes oficiales de la Iglesia española de simpatizar con la causa del absolutismo. Despojado de la aureola y del prestigio religiosos, el carlismo no sería un peligro.

Para preservarnos de los atentados de ese bando odioso, que repetidamente en este siglo puso á España en trance de muerte, creían contar los españoles con la tutela del Pontífice. Repare su santidad que este tan gran beneficio dista mucho de ser gran

tuito. Para merecerle y obtenerlo ha hecho el pueblo español cuantos sacrificios. España, indigente, mantiene á sus expensas á un sinnúmero de personas que no trabajan si no es en la viña del Señor. El monaquismo, desterrado de todas partes, se ha refugiado en nuestro suelo. Somos presa de una verdadera invasión mística. Padres de todas las hechuras y hermanitas de todas las castas pupulan por doquier. Los conventos lo ocupan todo. Con detrimento de las leyes se ha abierto la puerta á las comunidades religiosas que fueron por las leyes excluidas; sin la voluntad del monaquismo no se mueve aquí la hoja en el árbol, en la sociedad, en el Estado. Generales llenos de piedad, prelados llenos de ardor bélico, rigen nuestros destinos. El ultimontanismo tiene acaparados todos los altos cargos en la magistratura, en el profesorado, en la política, en el ejército. Los jesuitas captan honores y sugestionan doncellas. No hay negocio en que el oro de los reverendos no tenga participación. La fortuna entera de las gentes acomodadas va pasando á sus manos. A ellos confían nuestras clases directoras la educación de la generación que llega. El clero indígena muere de hambre para que los intrusos se enriquezcan. Mucha parte de nuestro dinero va á Roma por varios caminos. La prosperidad de la patria, sus esperanzas de redención, su prestigio entre las naciones, todo lo seguimos inmolando, como en los mejores días de nuestra historia, para contener en cambio esa benévola y tutelar protección del pontificado que nos garantiza la paz.

Si esa tutela no nos defiende, si ese amparo no nos falta en los trances supremos de nuestra vida nacional, ¿no tendremos los españoles razón á llamarnos á engaño? No es justo que sufra el daño quien paga puntualmente la prima del seguro. Sin duda no existe contrato expreso que nos asegure la tranquilidad á cambio de nuestros sacrificios, pero hay, sí, un convenio tácito, una estipulación sobreentendida, una especie de *cuasi contrato* de indudable validez moral. Doloroso es, Santísimo Padre, que la archi-católica España no pueda gozar el beneficio de la paz interior que disfrutan protestantes y herejes. Amargo es, Santísimo Padre, que la religión, que en su sentido etimológico significa vínculo que liga y enlaza á los hombres entre sí, sea en esta nuestra triste España motivo ó pretexto de discordia. Maravilla es, Santísimo Padre, que la verdadera religión tenga para hermanar y pacificar á los hombres menos influencia que las falsas.

Es menester que esto concluya. Con todo respeto, pero también con toda firmeza, lo decimos. Es fuerza que no sean estériles los sacrificios del pueblo español. Su Santidad debe tener medios para hacerse oír y obedecer de los que se llaman católicos. Exhortar, amonestar, persuadir, obligar. Mas si esos pretendidos católicos siguen desoyendo la voz del Vicario de Cristo, caigan sobre sus cabezas rebeldes los anatemas de la Iglesia. Apreudán que no basta vitorear al Papa rey, sino que hay que obedecer al Papa Pontífice. Sepa el mundo que los que aquí pretenden monopolizar el catolicismo, esos hombres audaces que sin otra autoridad que la que ellos mismos se arrogan, definen, decretan, cominan, dogmatizan, excomulgan, son unos réprobos, separados por su desobediencia de la comunión de los fieles. Ni valga objetar que el anatema sólo es aplicable en asuntos de fe. Excomulgado fué el rey Víctor Manuel por haber puesto su mano sacrilega sobre el patrimonio de San Pedro. Aún no hace muchos años, un prelado excomulgó á uno de nuestros hacendistas por haber pretendido echar sobre bienes eclesiásticos la garra pecadora del fisco. Interminable sería la lista de los personajes altos y bajos que han sido excomulgados desde los tiempos del gran Hildebrando, por causas que no son dogmáticas. Desobedecer las órdenes terminantes, repetidas, apremiantes de la Santa Sede; profanar la religión, haciendo de ella bandera de partido; servirse del Evangelio para concitar la guerra civil con todas sus barbaries y estragos, son motivo de anatema tanto más graves que aquellos que pueden nacer de un conflicto de mundanales intereses.

Hay que confiar en que la Sede Apostólica no se declarará neutral en semejante contienda. Hizolo así durante la guerra hispano-yanke. No es ocasión ahora de juzgar aquella neutralidad ante el agredido y el agresor, el débil y el fuerte, el católico y el hereje. Baste afirmar que tal conducta no puede servir para el caso de precedente. Toda neutralidad es ahora imposible. La cuestión está prejuzgada. Reiteradamente ha proclamado su santidad el respeto que se debe, según la doctrina católica, á los poderes existentes. El que atente á ese respeto, sea quien fuere, desacata la autoridad pontificia. No cabe en lo posible, si el conflicto surge, que el clero español se desatienda de los mandatos del sucesor de los apóstoles. Ningún católico puede en trance tal soplar y sorber, repicar y andar en la procesión, estar al caldo carlista y á las tajadas liberales. Tan mala promiscuidad sería más vituperable que la que consiste en mezclar carne y pescado en día de vigilia.

Por todas estas razones, de esperar es, beatísimo Padre, que su santidad se dignará interponer su autoridad soberana para

garantir la paz pública en este católico país, la más devota y también la más desventurada de todas las naciones del orbe.

A título de amanuense de la España liberal

ALFREDO CALDERÓN

*Amigo Alfredo:
Hace días dio usted una nota pesimista al tratar del carlismo.*

Estuve por contestarle, y hoy me alegro de haber resistido la tentación.

El artículo que copio anteriormente, me ha hecho exclamar:

«El carlismo no será un peligro en España, mientras no tenga un escritor que valga lo que Calderón.»

Y como esto no es posible...

Puntos de vista

He aquí lo que yo habría hecho á la primera noticia del levantamiento carlista, si hubiera sido jefe.

Ir á casa de los otros jefes á convenarlos de que debíamos á decirle al ministro de la Gobernación:

«No como partidarios de la República, sino como amantes de la libertad, venimos á ofrecerle al gobierno nuestro apoyo contra los carlistas.»

¿Ideas que me hubiera llevado con esto?

- Estas:
- 1.ª Ir contra el enemigo de todos.
 - 2.ª Ver si por este medio nos uníamos los republicanos.
 - 3.ª Influir en las medidas que contra el carlismo se adoptasen.
 - 4.ª Convencer al país de que anteponiéramos á todo la defensa de su libertad y de su honra.
 - 5.ª (La más importante.) Impedir que la restauración, venciendo á los carlistas sin auxilio nuestro, adquiriese la fuerza que hoy no tiene.

«¡Abominación! ¡Herejía! ¡Los republicanos ponerse al lado del gobierno en cuestión alguna? ¡Antes morir!»

No sulfurarse, impecables correligionarios, que no lo digo yo por nada de eso. Lo digo porque, estando muertos en la opinión, quizás hubiéramos resucitado por ese medio.

Y también porque, si la guerra se ponía seria, estaríamos en condiciones de reclamar con perfecto derecho el honor de acabarla nosotros desde el gobierno.

Además, si mañana extraviésemos frente á una invasión extranjera, ¿no haríamos eso que propongo? ¿Pues quién más extranjero para los republicanos que el carlismo? ¿Qué tenemos de común con él, como no sea el lenguaje, y aun esto sin emplear las mismas palabras, puesto que mientras ellos dicen *Dios, absolutismo, tiranía*, nosotros decimos *razón, libertad, democracia*?

El que propongo hubiera sido un golpe verdaderamente político y exclusivamente revolucionario.

Pero nuestros egrejos lo han visto de otro modo y han permanecido en su olímpica indiferencia para todo lo que significa acción, vida activa...

Y, naturalmente; lo que menos se ha tenido en cuenta durante la algarada carlista, ha sido el partido republicano. Y si así se levanta el espíritu liberal y se trabaja por la República, ¡papa y vámonos!

Protestas lógicas

En cuanto llegó á sus oídos la noticia del levantamiento carlista, se apresuraron clérigos y frailes á ofrecerse al gobierno que tan bien los trata, cumpliendo de paso lo que el Papa les tiene dicho. No habían pasado cuarenta y ocho horas, cuando ya el gobierno había recibido las protestas, adhesiones y ofrecimientos siguientes:

Arzobispos y obispos	»
Canónigos y párrocos	»
Curas sueltos y sacristanes	»
Jesuitas y frailes	»

Total. »

Y gracias á esto, y solamente á esto, ha podido el gobierno ahogar la intentona en pocos días.

Aun cuando esto venga á desmentir mi campaña contra el clericalismo, lo publico por rendir culto á la verdad y á la justicia.

A „LA LUCHA“

Dicen que las polémicas en la prensa están mandadas recoger, y, sin embargo, á mí me encantan. Resabios de aquellos tiempos en que había opinión en España, y pasión por lo tanto, y por lo tanto prensa que difundía ideas en vez de defender intereses.

Doy, pues, las gracias á *La Lucha* de Vigo por haberme proporcionado la ocasión de estar un rato en mi elemento.

Me dice *La Lucha* que puedo por derribar los ídolos, y todo á mi espere de ellos.

Al revés. Precisamente por no esperar nada de ellos aspiro á derribarlos.

¿Por qué los ídolos no han hecho esto? ¿Por qué los ídolos no han hecho aquello? Es la eterna, la vulgar historia. Aquí en cuanto organizamos un comité y nombra mos una junta directiva, ya no tenemos nada que hacer; nos echamos á dormir. Toda nuestra actividad y nuestra inteligencia se detienen.

Aquí, como en todas partes, el que acepta cualquier representación se obliga á realizar aquello para que fué elegido. Las juntas, los comités y los directorios admitieron poderes para obrar en determinado sentido y nada han hecho. Por esto, y para probarles que no nos dormimos y que nuestra actividad y nuestra inteligencia no se detienen, gritamos ahora: «¡abajo los incapaces!»

«¿Queríamos nosotros que hiciera Nakens los viajes que recomienda á los jefes. Entonces vería que los esfuerzos de unos cuantos hombres de buena fe, se estaban siempre contra la indiferencia y la torpeza musulmana de la mayoría.»

Esa pereza, que realmente existe, desaparece siempre que la expolean. Cuando Pi recorrió parte de España para ver si inutilizaba á Figueras, cuando Salmerón fué á Gracia para asuntos electorales, y cuando todos los jefes juntos solicitaron al pueblo de Madrid el 93, esa mayoría abandonó su indiferencia. ¿Por qué no se la ha solicitado, excitado y expoleado después? El pueblo ha respondido siempre que para fines prácticos se le ha buscado. Y si alguna vez dejara de responder, culpa sería de los que le él se han burlado, dejando de hacer lo que al pedirle su voto le ofrecieron, manteniéndole con falsas esperanzas, entreteniéndole con mentidas promesas.

Si yo hiciera un viaje por provincias, no iría á que me recibiesen con música, ni me apedrearán con flores, ni me soltaran palomas, como hicieron con Pi cuando estuvo en Galicia. Ni siquiera celebraría veladas, y menos aún banquetes. Iría á entenderme poco menos que de incógnito con los tres ó cuatro hombres que ejercen influencia en cada provincia, y al final veríamos.

«Los obreros manuales de la ciudad han desertado en gran número de los partidos republicanos. ¿Con razón? En parte sí. Los obreros sólo pueden mejorar en repúblicas avanzadas que hayan de ser mañana camino de la emancipación del proletario. ¿Habían de apoyar á repúblicas conservadoras que no realizarían ninguna de las reformas por que suspiran?»

Si sólo se hubieran separado los obreros de los partidos republicanos poco avanzados, ese conjunto de palabras podría aspirar á ser un argumento. No lo es, desde el momento en que también se han separado de federal, que tan avanzado se cree. Cuando se hacen objeciones basadas en hechos, no se comete ningún delito poniendo en armonía unas con otras.

«Los obreros del campo no los tenemos ni los tuvimos nunca. Separados del mundo civilizado por la absoluta falta de comunicaciones, viven en sus montañas en casi pleno salvajismo. De libertad y de sistemas de gobierno nada saben ni nada han oído hablar. El cura es, con la naturaleza y los animales entre quienes viven, el que los embrutece y esclaviza.»

Los obreros del campo, esos que viven en pleno salvajismo, fueron los que, á la voz de los jefes federales, se alzaron en Andalucía el 68 y el 69 contra la revolución democrática en nombre de una República que, siendo ellos salvajes y estando además dominados por el cura, mal podían haber entendido, y menos aderezada con aquello del pacto sinalagmático, conmutativo, bilateral que el señor Pi les predicaba para que supieran á qué tenerse. Sírvase, pues, el colega rectificar lo de que nunca los federales tuvieron á su lado á los obreros del campo.

«El señor Nakens quiere una República conservadora á una monarquía clerical. Pues nosotros preferimos la monarquía liberal inglesa á la República clerical francesa.»

Creo no haber dicho nunca esa perogrullada, pero si me equivocaré, conste que me afirmo y ratifico en ella.

¿Que los federales prefieren la monarquía liberal inglesa á la República clerical francesa? Mucho han variado desde que combatieron rudamente la de don Amadeo, siendo tan liberal como la inglesa.

Por lo demás, no deja de ser curioso el descubrimiento de que los federales prefieren los poderes inamovibles é irresponsables, á los responsables y amovibles. Ahora me explico por qué no han destituido á su jefe. El que de seguro no está conforme con esa opinión.

«El fuerte de Nakens es la clerecía, á quien combate, y hace bien, sin el menor desmayo. Siente, con todo, gran simpatía por Salmerón. ¿Por qué? Salmerón no establecerá la libertad de cultos, desde el momento en que no está dispuesto á decretar la separación de la Iglesia y del Estado. No hay libertad donde hay privilegio.»

Otra noticia curiosa: la de que no puede existir libertad de cultos donde no se decreta la separación de la Iglesia y el Estado. ¡Y yo, infeliz de mí, que la creía establecida en esa misma Francia clerical!»

Lo de que yo siento simpatías por Salmerón es muy cierto, sin que ellas me hayan impedido nunca censurarle. ¿Y sabe el colega el por qué de esas simpatías? Porque es Salmerón el más anticlerical de los republicanos importantes, y no en teoría, sino en

la práctica. No ha bautizado sus hijos, ni los ha casado por la Iglesia, ni las señoras de su casa van a misa; cosas todas que ocurren en casa del señor Pi.

Respecto a lo de la separación de la Iglesia y el Estado, la considero siempre funesta para la democracia en los países en que el clericalismo domina tanto como en éste, y donde, según confesión de *La Lucha*, son salvajes los obreros del campo. Por esto y para evitar que nos domine en absoluto, he adoptado este lema: «La Iglesia esclava en el Estado libre.» ¿Que no separándola, habría que pagarle a los curas? Quizás no. Pregúntele al señor Pi cuánto se les pagó durante la República, a pesar de estar unida al Estado.

«El único partido que separará la Iglesia y el Estado y suprimirá el presupuesto del culto y clero, es el federal. A pesar de esto, Nakens no puede vernos ni pintados.»

Se equivoca *La Lucha*. Combato el federalismo; estimo a los federales. Entre ellos tengo amigos muy íntimos: Estévez, Sánchez Pérez, Rodríguez Solís... Los que me conocen bien. En cuanto a las ideas, nunca sentí gran entusiasmo por ellas; pero ahora menos, al verlas figurar en el programa de Polavieja y en el de don Carlos; y al saber que los Estados Unidos, a pesar de que esas ideas excluyen la de dominación y conquista, se están portando en Filipinas de la misma cruel manera que se portaron en América los unitarios españoles en tiempos de Carlos I.^o

Verdad es que, en contraposición a lo que está haciendo aquella gran República, ahí está la patriarcal Suiza ofreciéndose como ejemplo de bienandanzas federales desde que no puede enviar soldados alquilonos a defender a los reyes de otros países. Mas tengo para mí que si su territorio fuese mayor, y tuviera algunas costas y muchos barcos, habría ayudado a la de allá a quitarnos las Colonias; lo cual demuestra que lo federal no quita a lo imperialista, como se nos venía haciendo creer, y que lo mismo se embriaga con las glorias militares los ciudadanos pertrechados con todas las autonomías, que los partidarios del más irracional centralismo. En fin, que no me siento federal, sin que por esto dejara de alegrarme del triunfo de una República de ese matiz. Mi intransigencia la reservo toda entera para el carlismo. Y no me siento federal, por creer que en un país tan desquiciado como el nuestro, y tan clerical, y tan salvaje, no es posible en mucho tiempo implantar las autonomías con la extensión que los federales pretenden.

«¿Que yo pedí para los anarquistas, cuando el crimen del Liceo y el de la calle de Cambios Nuevos, leyes excepcionales?»

Como las volveré a pedir cada vez que, en nombre de ideas humanitarias, se asesine a mujeres y niños y obreros; leyes que no pedí cuando los anarquistas eliminaron, exponiendo su vida, un rey, un presidente de la República y un presidente del Consejo de ministros. En lo que vino después, los tormentos inquisitoriales, nada tengo que ver, porque a ley ninguna, excepcional ni no excepcional, se ajustaron.

Algo más extraño fué entonces que muchos reconocidamente anarquistas condenaran aquellos crímenes. Estos fueron los que realmente animaron a los gobiernos reaccionarios a cometer la serie de atrocidades que cometieron. Y cuando los de casa protestaban, ¿qué extraño era que protestásemos los de fuera y pidieramos leyes excepcionales para los que trataban de acabar con los dolores de la humanidad suprimiendo a los que los padecían? Tan extraño como el que no protesten hoy los federales españoles de los crímenes que cometen en Filipinas los yanquis, colegas suyos en federalismo. Exceptúo al señor Pi, que ya lo ha hecho.

«¿Que yo, después de haber atacado a Castelar, dije que era el único jefe que no había engañado al pueblo?»

La lealtad obligaba al federal compañero a añadir: desde el año 73. Porque, efectivamente, desde aquel año, en que se separó de sus consecuentes camaradas en federalismo, Castelar no le ofreció al pueblo nada; ni siquiera lo perturbó para combatir a Figueras; ni le pidió votos para ir al Congreso; ni dejó pasar sin protesta, como hizo el señor Pi, el escandaloso incidente Mora, los negocios de la Trastatlántica y la Tabacalera, ni cien más que todos sabemos. Por no tomar, ni siquiera tomó parte Pi en el debate que se mantuvo acerca de las inmundidades de Cuba. Como tampoco protestó enérgicamente contra lo de las Carolinas, ni obró revolucionariamente a la muerte del rey, ni salpicó el rostro de los liberales con la sangre de los obreros asesinados en Riotinto; ni cuando fué concejal combatió las inmundidades del municipio madrileño, ni, por último, ayudó el día 19 de Septiembre a Villacampa. (Y aquí me callo mucho de lo que pudiera decir.)

«¿Que yo, con todos los republicanos españoles, escarcelé y combati a los cubanos, negándoles derecho a la independencia y llamándoles hijos ingratos y espúreos?»

Por lo que a mí toca, eso no es verdad. Lo que yo dije fué, que disparado el primer tiro, el honor aconsejaba seguir adelante. Las naciones no pueden ni deben deshonrarse cediendo sumisas a imposiciones que se les hacen con las armas en la mano. Y no tar solo las naciones; ni los gobiernos siquiera. El señor Pi nos dió ejemplo de ello el 73, combatiendo a tiros a los cantonales que le pedían el cumplimiento de lo que tantas veces les había ofrecido.

El que se equivocó puede ser censurado por su torpeza, no condenado por su intención. Pero el que, como el señor Pi, a larga distancia prevee los acontecimientos, y teniendo un partido revolucionario a sus órdenes, y una tribuna, la del Congreso, desde

donde puede oírle el mundo entero, se limita a anunciar la catástrofe en lugar de hacer todo lo que esté en su mano para impedir que llegue, ese no tiene disculpa ni merece perdón, ese debe compartir las responsabilidades con los que la catástrofe produjeron.

«La República no viene por esta causa; porque todos los republicanos son reaccionarios, porque todos son cobardes; porque todos están vaciados en los antiguos moldes; porque todos confían en los esfuerzos de los demás, respondiendo de este modo a nuestra base comunista y a la fatal doctrina de la unidad, de la dependencia servil de los organismos colectivos, que mata en flor la iniciativa del individuo.»

No, no es por esto; es porque aquí no ha sido posible que nadie tome iniciativas, negándose a seguirle los mismos que pensaban como él; es porque aquí, todo el que ha querido sacudirse de la dependencia de los organismos colectivos, se ha encontrado con un Pi que lo excomulgó y unos cobardes que lo difamaron; es porque aquí, todo el que ha tenido un alarde de independencia, se ha visto mordido, acorralado y calumniado por los jefes y los serviles a sus órdenes. Desde Pérez Costales a Vallés y Ribot, es interminable la lista de los que han aprendido a costa suya que en el federalismo no se puede vivir, sino a condición de someterse incondicionalmente al que lo manda. Por esto, por esto no ha venido la República; porque en cada partido ha predominado un Pi.

Para no hablar más que de aquello que sé por ciencia propia, diré que en cierta ocasión me dirigí a varios correligionarios con fines patrióticos, y la mayoría no me contestó; y entre los que lo hicieron, hubo quienes me dijeron claramente que les parecía bien lo que les proponía, pero que no podían aceptarlo si no llegaba a ellos por conducto de sus jefes. Y añadiré que me dirigí a éstos en otras dos ocasiones, proponiéndoles que hicieran algo que ellos solos, por su renombre y por la posición que ocupaban podían hacer, y tampoco lo tomaron en cuenta. El día que lance todo este artículo, verá *La Lucha* que aquí nadie ha podido ni puede hacer nada sin que esos señores le pongan el veto, unas veces con su silencio, otras con su negativa.

«¿Que Nakens que no es por esto? ¿Que cree que es por los jefes? Pues abajo los jefes. Pero, ¿con quién sustituirlos? ¿Dónde están esos hombres revolucionarios, de grandes pensamientos y de voluntad de hierro? ¿Dónde esos organizadores? ¿Dónde los que en el mitin, el folleto, el periódico, el libro han demostrado que tienen inteligencia, bríos y dotes suficientes para llevarlos a la República? Si los hay, ¿por qué no salen? Con tales condiciones, comparando la ajena inepticia con el propio valer, ¿no ha de serles fácil atraerse numerosas y bien dispuestas gentes?»

Y porque no separamos hoy de ninguno que pueda sustituir a los que nada hacen, vamos a estar siempre sin intentar nada? Comprendería la objeción, si estos respetables señores hicieran algo, aunque fuese muy poco. Mas si nada hacen ¿qué podremos perder en caso de no encontrar quién los sustituya? Lo que no sirve, estorba. No valen ya ni para espantajos. Los gorriones monárquicos están en el secreto de que son unos peleles políticos, y se comen el trigo en sus propias barbas sin temor alguno. ¿Que no se ven hombres capaces de sustituir a los jefes actuales? Ciertamente que no los vemos; pero vamos a negar por esto que existan? Cuando fueron convocados los Estados generales en Francia, ¿quién sospechaba a los Mirabeau, los Vergniaud, los Robespierre, los Danton, los Marat, los Saint-Just y demás colosos de la revolución? Y, sin embargo, existían. No eran conocidos, mas bien pronto se dieron a conocer.

Suponer que la era de los hombres superiores se cerró el día que elegimos por jefes a esos que han resultado tan inferiores para realizar aquello que necesitamos, sería para mí una absurda.

«Es jefe Pi y Margall porque las circunstancias y los hombres le han hecho jefe; es jefe, además, por sus imponderables méritos, por su gran capacidad intelectual, por su inmensa cultura, por la serenidad de sus juicios y por la precisión matemática de sus profecías.»

Ninguna de esas condiciones le niego; pero sí niego que sea necesaria ninguna de ellas para actuar de jefe de un partido revolucionario frente a la monarquía. Su capacidad intelectual no impidió la caída de la República; su cultura no le evitó faltar maltrecho a los golpes de León y Castillo en el Congreso; la serenidad de sus juicios cedió ante el puntapié moral de González Iscar, y su don de profeta no le sirvió para advertir a tiempo y hacer abortar el plan de Pavía. Hubiera tenido menos capacidad y más audacia, menos cultura y más valor, menos serenidad de juicio y más fuerza de voluntad, menos condiciones de profeta para augurar desdichas en lo porvenir y más de hombre de Estado para resolver las dificultades del presente, y entonces sí que habría merecido el dictado de jefe.

Pero convengamos en que los federales son los más, los mejores, los únicos revolucionarios y los que tienen el jefe más inteligente, más culto, más previsor, y más radical. ¿Por qué, en 36 años, no han dado la menor prueba de la vitalidad poderosa de que nos hablan? Se comprende que los unitarios, como reaccionarios y cobardes que somos, nada hayamos hecho. ¿Pero los federales? Ellos estaban obligados a no dejar vivir tranquilos ni un segundo a la restauración, y más después de estas afirmaciones hechas por el señor Pi en 1874: «El triunfo del carlismo, como el del alfonsismo, serían para todos los liberales una calamidad y también una vergüenza.» ¿Nada han hecho? Luego las condiciones excepcionales del señor Pi no son las que necesita tener un revolucionario, jefe de un numeroso partido dispuesto a obedecerle o secundarle.

«¿Que el señor Pi se opone a todas las uniones,

fusiones y concentraciones, y que acortó, para todas las fracciones?»

No es absolutamente cierto, porque en alguna entró, para proporcionarse al poco tiempo la satisfacción de romperla. Pero aunque así hubiera sido, ¿se necesita ser profeta para asegurar que fracasará toda empresa en que haga falta el concurso de todos, y no entren todos? Si un hombre dijese a otro: «Tal cantidad hace falta para tal negocio; ponga usted la mitad, yo pondré la otra, y a realizarlo; necesitaría don profético el solicitado, no dándole la cantidad, para asegurar que el negocio fracasaría? De estas profecías se burlaba donosamente Quevedo.

«Y así son todos (los republicanos) y así es Nakens: un retróico, un eterno romántico que destruye hoy lo que edificó ayer.»

Lo de retróico lo rechazo; lo de romántico me envanece. Si por romántico se toma al que se empeña en que los hombres respondan a la significación que ostentan; y que aplaude al mismo que censuró cuando cree que lo merece; y que no admite que la acción de un jefe revolucionario se limite a profetizar desdichas cuando debiera procurar evitarlas; y que hace todo esto perjudicándose en lo que particularmente le interesa, sin aspirar a colocarse sobre nadie, y sin pensar en otra cosa que en el triunfo de la República; si por romántico se toma al que piensa y obra así, bendito mil veces sea este romanticismo que me prohíbe ponerme exclusivamente a las órdenes de un hombre imponiéndome la obligación de corearlo cuando se equivoque, seguirlo cuando vaya a donde no debe ir, encadenando mi pensamiento al suyo y mi voluntad a la suya.

Muy federal, sí, y muy culto y muy profeta; pero mientras él lanzaba sus profecías, patentizaba su cultura y afirmaba su federalismo, se deshacía en sus manos el partido más fuerte y poderoso que ha tenido España, la restauración seguía su marcha destructora, y España caía en un estado del que acaso pudiera haberse ya levantado, si el señor Pi hubiera sabido ser jefe de partido conservando íntegro el que acaudillaba. Cuando se piensa en los hombres importantes que lo componían, y que hoy unos, mañana otros, se fueron apartando del señor Pi, se duda de si toda esa labor funesta se ha hecho inconscientemente.

«¿Que Nakens lo que exige de los jefes. ¿Que no es jefe? Como son jefes los demás, puede serlo él.»

Ya he hecho notar el empeño que ponen ahora los federales en reconocerse condiciones de jefe, para proporcionarse el gusto de sumarme con los fracasados; táctica que me hace sonreír por lo candorosa, pues ni siquiera logran con ella satisfacer mi amor propio. Para ser jefe como lo son los demás, prefiero el puesto que ocupo. Lo que sí puedo asegurar es que, si fuera jefe, lo sería.

«¿Que él (yo) no ha fracasado porque desde el año 76 viene diciendo que el clericalismo arruinará a España? (Como si Pi no viniese diciéndolo desde el año 50!)»

Sí; pero con esta pequeña diferencia: yo no he sido absolutamente nada en política, y Pi ha sido diputado muchas veces, ministro de la Gobernación, y presidente del Poder ejecutivo de la República; y ni en aquel cargo, ni en estos puestos hizo lo que debía para precaver ni para evitar que el clericalismo cumpliera esa su misión siniestra.

«¿Que hoy he combatido a los jefes y mañana los he enaltecido?»

Nada podría haberme dicho *La Lucha* que me agradase más. Eso demuestra que nunca obedecen mis juicios a pasiones mezquinas. ¿Hacen los jefes una cosa mal? Los censuro. ¿Hacen otra bien? Los aplaudo. ¿Cree en alguna ocasión que alguno de ellos puede prestar un servicio a la República? Le excito a que lo preste. Casos ha habido en que en el mismo número que he combatido alguna declaración de Pi, he reproducido un artículo suyo que me ha gustado. Estoy exento por completo de las pequeñeces que dominan a ciertos hombres que pasan por grandes.

Paréceme que no he dejado por contestar ni un cargo de los que *La Lucha* me hace, y ya es hora de concluir, resumiendo en esta forma:

Podrá ser más o menos pertinente lo que yo le diga al señor Pi y lo que sus partidarios me digan. Lo que no puede discutirse es esto:

El señor Pi fué todo lo que puede un hombre ser dentro de la República, y nada hizo de provechoso para las ideas que profesa; y después, en la restauración, hallándose al frente de un gran partido, se las ha compuesto de manera que lo ha dejado reducido a la expresión más mínima. Y ante esto, que es verdad, y está en la conciencia de todos, ¿qué importancia tiene el que yo haya hecho esto, haya dicho lo otro, si todo lo que yo pueda haber hecho o dicho, no ha influido en la marcha del partido republicano lo que el acto más insignificante del hombre que lo ha sido todo, y se ha limitado a ejercer de profeta pudiendo actuar de Mesías?

He dicho por hoy.

JOSÉ NAKENS

¡ESTOI... ¡ESTOI...

Dice *El Ampurdanés* de Figueras.

«En la noche del miércoles último, cuando parecía que tomaba incremento la insurrección carlista, reuníronse en el Centro federal todos los correligionarios que desempeñan o han desempeñado cargos de elección popular, así en la milicia durante la última guerra civil, como en los ayuntamientos, diputaciones y comités. Allí vimos con gran satisfacción a los veteranos del partido, ya viejos algunos de ellos, pero conservando íntegro su amor a nuestros ideales; vimos también a los que sólo suben las escaleras

del Centro federal en las grandes ocasiones, cuando su consejo o su acción pueden ser aprovechables; y vimos finalmente a los jóvenes, a los que en la plenitud de su vida empuñan actualmente las riendas de la administración local o de la dirección del partido.

Expuesto por el presidente del comité local, señor Ginjaume, el objeto de aquella reunión en las azarosas circunstancias que atravesábamos, por unanimidad y sin objeción de nadie se aprobó comunicar al alcalde que el partido federal estaba presto a la defensa de esta ciudad, contra todo ataque de los insurrectos, y que, a este objeto, se ponía incondicionalmente a las órdenes del ayuntamiento.

El partido federal no podía faltar a sus antecedentes y a su historia. Desde aquella hora, la tranquilidad del vecindario quedaba en primer término encomendada a la resuelta actitud de nuestros correligionarios. Ante ella han sido, son y serán inútiles las tentativas de los carlistas contra nuestra libertad y seguridad.»

Estos bravos federales (siempre lo fueron los de Figueras), se han portado como deberían haberlo hecho todos los republicanos.

Ni los de Alcoy, ni los de ningún punto de España, les superan en amor a la República; y no a pesar de esto, sino precisamente por esto, no aguardaron a que las autoridades los llamaran para preguntales si ayudarían a combatir al carlismo; no; se ofrecieron ellos espontáneamente.

Me honra sobremanera haber coincidido con tan probados republicanos.

La guerra carlista, aun cuando otra cosa digan algunos, no es una guerra entre borbonicos; es una guerra entre el pasado y el presente, que se desarrolla en nuestro suelo con las consecuencias inherentes a toda guerra: muertes, incendios, robos, asesinatos, pérdida de crédito, agotamiento de fortuna; y, cualquiera que sea el resultado que obtenga, traerá forzosamente la completa ruina del país.

Si los republicanos, por creer que así hacen la política de la dignidad, permanecemos apartados de la lucha; si por consejos del odio vemos indiferentes las catástrofes que la guerra pueda producir, y que producirá pronto, porque el movimiento está sólo aplazado, habiendo servido la intencional última de *máquina piloto*; si esto hacemos, quedaremos incapacitados, moral y materialmente, para exigir mañana de los demás sacrificios que nosotros no hemos hecho.

¿Que debíamos combatir en primer término a los restauradores, causa de todos los males y cómplices del carlismo? Como el que más lo deseo, y a conseguirlo encamino mis esfuerzos, trabajando por darle al partido republicano organización diferente de la que tiene. ¿Pero es que nos sentimos bastante fuertes para luchar a la vez contra ambos enemigos?

Sentiría que se me contestara afirmativamente a esa pregunta. Porque si tenemos esa fuerza, si podemos luchar contra la reacción en masa, y hemos permitido que España pierda cien mil de sus hijos, y sus colonias, y millares de millones, y que se vea hoy por unos despreciada, por otros compadecida, y por algunos acechada, los indignos, los cobardes no serían únicamente los restauradores; lo seríamos también nosotros, por no haber usado a tiempo de esa fuerza que tenemos, de esos alientos que tan a la perfección hemos sabido comprimir.

El cura de Irurzun recomienda desde el púlpito a las muchachas que no usen el corsé Moreno. ¿Y cómo son esos corsés, respetable presbítero? ¿Y dónde ha adquirido usted esos especiales conocimientos?

Imple soy, en buena hora lo diga, y, como tal, (un ímple es el conjunto de todos los vicios) he visto algunos corsés colocados en bustos retróicos; mas, francamente, no he logrado alcanzar esa erudición coterseña del cura de Irurzun.

Verdad es que para estos asuntos siempre demostraron especiales aptitudes los que más alejados debieron estar de ellos.

Pero, en fin, más vale que se ocupe de corsés, que no excite a la rebelión a sus feligreses.

A LOS JEFES

UN RUEGO TODAVIA

La desbandada se inicia, señores jefes y subefes. Amen de las aproximaciones a Romero Robledo que ya había, fíjense ustedes en este telegrama que le han mandado después del radical discurso pronunciado en el Frontón Central:

Barcelona, 12

Romero Robledo.—Madrid.—Felicítelo cariñosamente, mientras esperamos la conjunción decisiva que el patriotismo nos impone.—Junoy.

Por la significación de la persona que lo suscribe y por los elementos con que cuenta, el telegrama tiene importancia.

Varios periódicos republicanos de provincias, alguno tan importante como *La Publicidad* de Barcelona, no ocultan sus simpatías por el que, si bien todavía no se ha declarado republicano, tampoco quiere que lo llamen ya monárquico.

Si él continúa acentuando sus declaraciones, y los republicanos aproximándosele, puede estar cercano el día en que se encuentren ustedes en *espantosa soledad*.

Y si ustedes no desean verse así, ¿por qué no se distribuyen por provincias, y parodiando a Prim cuando dijo a los que andaban desconcertados y vacilantes en la batalla de los Castillejos: «¡Soldados, en aquellas mochilas está vuestra honra!» no hablan ustedes así? «¡Republicanos! a unirnos todos y a salvar a España!»

Pero, esto sí; después de pronunciar tales palabras, hay que colocarse, como Prim, a la cabeza de los republicanos y arremeter contra el enemigo a toda vela y en toda ocasión.

Háganlo, que araso sea tiempo todavía. Háganlo, y todo les será perdonado. Háganlo, y aun cuando el éxito no corone el esfuerzo, salvarán lo que hoy tienen en entredicho: su honra política, su amor a la libertad y a la República.

¡A ello, pues! ¡A impedir que los republicanos se pongan a las órdenes de Romero! ¡A demostrar que no son ustedes incapaces, sino que han estado equivocados! ¡A desmentirme!

Y en el mismo instante se trocarán en alabanzas mis censuras.

El carlismo en el Norte

En Navarra, foco principal del carlismo, baluarte al parecer inexpugnable de la reacción, me ha sorprendido el levantamiento de Cataluña, y es natural haya procurado informarme del estado de ánimo en que se hallan al presente los numerosos y bien disciplinados partidarios con que el eterno pretendiente cuenta en esta tan católica provincia.

Aquí, entre el elemento popular, ha producido mal efecto el levantamiento de las partidas catalanas. Generalmente, los carlistas navarros de poco fuste niegan que las partidas catalanas sean carlistas; y, recordando lo acaecido en la *guerra civil*, no se hallan muy dispuestos que digamos a secundar el movimiento, caso de recibir órdenes para hacerlo así.

El espíritu belicoso del carlismo navarro está muerto, pese a la férvida vehemencia con que en todo tiempo y ocasión procura a todo trance exaltar los clericales con sermones vibrantes y arengas guerreras.

Los frailes manejan a su antojo la masa devota de Navarra, modelándola para servir de fermento a toda idea reaccionaria y de base a toda situación obscurantista; pero hay que tener en cuenta que el elemento genuinamente militar del carlismo, el que, caso de resurgir vigoroso y audaz el conflicto guerrero amagado en Cataluña, está llamado a ser el nervio impulsor de la facción, no es en Navarra partidario incondicional de la frailería carlista.

Los jefes de prestigio del carlismo, los hombres de acción, los militares, en fin, no se hallan muy propicios a secundar un movimiento fraguado por curas y frailes, y es frecuente oírle decir, que si los clérigos son carlistas, lo son en su mayoría por ambición, y por figurarse que don Carlos, caso de triunfar, iba a cometer la tontería de entregárselos a ellos, a los clérigos, el gobierno de España.

No piensan los hombres de acción con que cuenta el carlismo en Navarra de la misma manera que los carlistas clericales y *ojalateros*. El elemento llamado militar anhela la implantación en España de un régimen tradicionalista ilustrado, tolerante y progresivo, y el clericalismo lucha y se agita violentamente por regresar a los tiempos abominables del imbécil Carlos II, el Hechizado. Hay, pues, discrepancia entre los carlistas navarros; y esto, unido a lo poco propicia que la masa general se halla para dejarse lanzar en los negros horrores de una nueva guerra civil, claro está que constituye un serio obstáculo, un gran obstáculo, un obstáculo fatal, quizás insuperable, obstáculo que se opone tenazmente a que en Navarra, centro del carlismo, pudiera tener por ahora eco formal la reciente algarada de Cataluña.

Seguro estoy de que, si al presente, el levantamiento joven tradicionalista, caldeado por los fogosos advertimientos y bélicas oscilaciones de la frailería perturbadora, promoviera algún movimiento levantando partidas, lo que no es de temer, éstas tendrían que disolverse inmediatamente, tan pronto o antes de lo que se han visto precisadas a disolverse las partidas de Cataluña, porque en Navarra, en el actual momento, seguramente no encontrarían los revoltosos la *fraternal* protección con que sueñan algunos ilusos...

Tal están las cosas en Navarra. Y para convencerse de ello, para adquirir la neta evidencia de que la guerra es impopular y odiosa, que nadie o muy pocos la desean en esta comarca, basta oír a las gentes de los pueblos, que tiemblan ante la posibilidad de verse otra vez envueltos en las tristes miserias de una nueva *carlistada* y que llenan de toda clase improperios a los sediciosos catalanes. Todos recuerdan aquí con horror los sinsabores pasados, y mientras el sangriento espectro de la *otra carlistada* no se borra de la memoria del pueblo navarro, serán malditos por la generalidad cuantos pretendan perturbar por tiempo indefinido la paz pública, así se invoque para ello el santo nombre de Dios o la salvación de la patria.

Los frailes belicosos trabajan cuanto pueden por soliviantar los ánimos, pero el *buen sentido* de las gentes escarmentadas da al traste con sus planes diabólicos de guerras civiles y pérdidas tradicionales. Aquí se quiere mucho a Carlos VII, pero, al menos por ahora, no están las cosas dispuestas en su favor de tal manera que pudiera temerse un inmediato alzamiento, serio y terrible.

El poder del carlismo en Navarra es absoluto en tiempo de paz, merced a la protectora tolerancia con que es mirado por los gobiernos de la restauración; y, francamente, muchos navarros, si son carlistas, es porque *esto viste* y abre todas las puertas en la región navarra; pero en lo tocante a sublevarse contra el régimen que les ha entregado el usufructo de la provincia en clase de fudo independiente... *esa ya es harina de otro costal*.

En resumen: en Navarra, foco principal del carlismo, baluarte al parecer inexpugnable de la reacción, no es de temer por ahora un alzamiento carlista serio. Reins en toda la provincia tranqui-

idad completa y nadie habla de los facciosos carlistas sino para tratarlos de cándidos ó de perturbadores. Por este lado el gobierno, á pesar de las grandes torpezas de la restauración criando y criando, con miras matinales, el engendro carlista y rodeándose de consejeros del linaje político de los Vadillo y de los Sánchez Toca, puede estar tranquilo, y esperar, sin que le asalten los negros temores de más grandes levantamientos, á que quede extinguido completamente el chispazo carlista brotado en las provincias de Barcelona y Alicante.

Pero si esto sucede en Navarra, si aquí no hay temor á inmediatos alzamientos carlistas, ¿puede asegurarse otro tanto respecto á las Vascongadas? Si los carlistas navarros se muestran contrarios á promover inmediatos levantamientos porque la opinión les es hostil, ¿puede asegurarse lo mismo de los carlistas vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses? No, desgraciadamente. El carácter vascongado es otro muy diferente al carácter navarro.

Las masas del carlismo vascongado están supeditadas en todo y para todo, ciegamente, automáticamente, á la voluntad del clericalismo. En las Vascongadas no existen apenas carlistas políticos; son, en su inmensa mayoría, en su casi totalidad, carlistas clericales. Los vascongados labriegos, los aldeanos, los *caseros*, habitantes de las montañas, especie de niños grandes faltos de voluntad propia, todo fortaleza física, pero nada pensamiento, viven por Dios y para el cura y el fraile y la beata y el último monaguillo; y como los frailes y los curas, las beatas y los monaguillos, con en las Vascongadas generalmente carlistas belicosos, bastantes á los clericales *quererlos* así, para que en las provincias vascas, hoy que cuentan con abundantes armamentos, municiones y dinero, se promueva un alzamiento general.

Si el gobierno quiere prevenirse toman lo serias medidas, si quiere evitar las sangrientas amarguras inherentes al estallido posible de una guerra civil en el Norte, lo menos que debe hacer, es trasladar á otras provincias á la casi totalidad de los párrocos de las Vascongadas y suprimir las órdenes religiosas, sobre todo la de capuchinos descalzos. Sea esta una providencia saludable; providencia que, de no ser adoptada y readaptada con frecuencia, tarde ó temprano habrá de tocarse los tristes resultados de no haber sido prudentemente practicada en su tiempo debido.

La mojigatería piadosa en que el carlismo se desarrolla y nutre entre nubes de aromático incienso, dulces armonías de órgano, plegarias sinfónicas y toda clase de místicas melopeas, es muy del agrado de estas masas humanas incultas y fanatizadas; y como á los sencillos euskaros se les hace creer que es preciso ser adepto decidido del *tenorio de Venecia* para estar bien con Dios, los vascos profesan el ideal tradicionalista religioso, pero no políticamente hablando.

El clero tiene la culpa del lamentable atraso en que viven sumidos los provincianos.

Los frailes les predicán cosas estupendas, haciendo creer á esas pobres gentes que el Señor de cielos y tierra trata como á hijo predilecto á don Carlos; y tan de veras lo creen así, tan grande es la estúpida candidez de aquellos sencillos vascos montañeses, que un día en Urnieta, aldea próxima á Iruñea, al de labios de un apuesto joven casero asegurar con formalidad pasmosa que *era don Carlos tan íntimo amigo del Señor, que muchas veces baja desde su trono celestial á la tierra para echar un cigarrillo amigablemente en compañía del pretendiente eterno.*

No puede contener la risa que tal infundido hubo de producirme, y el buen hombre, desconcertado por mi actitud de incredulidad desdenosa, se retiró haciendo cruces, presumiendo sin duda alguna que yo estaba, desde luego, tocado de la gran herejía, de la herejía liberal...

Todo lo que se diga es poco acerca de los extraños medios de que se valen los clericales para mantener en la ignorancia del idiota, estúpido y salvaje, á esta raza robusta de hombres fuertes, músculos de acero y cerebro de niño.

El elemento civil del carlismo vascongado está influido por los clericales; es su inspiración, su fiel reflejo; sometidos á la voluntad del clericalismo, nada hacen los carlistas vascos que no emane directamente del tenebroso cerebro de los piadosos servidores de Dios.

En Navarra, con ser grande la influencia del clero carlista sobre todos sus correligionarios, no lo es tanto como en las Vascongadas, por que el elemento civil tradicionalista tiene en Navarra más decisión y energía y conocimiento político de la causa tradicionalista á que está adscripto, que en las provincias Vascongadas; y con frecuencia dan en Navarra los partidarios civiles del pretendiente, testimonios inequívocos de su independencia política reprobando la conducta anticristiana del clero sedicioso, y diciendo que los curas y los frailes sólo deberían ocuparse en ser buenos ministros de Dios; porque entienden que ha hecho más mal á la causa carlista un cura Santa Cruz, cruel y sanguinario, que todos los liberales juntos.

Siendo en las Vascongadas inmenso el poder del clero político y religiosamente hablando, la masa carlista, que es carlista porque quieren los clericales que lo sea, esa masa ignorante jaleada constantemente con arengas bélico-piadosas, puede ser el día menos pensado y, desde luego, tan pronto como el clero lo desee, lanzada en formidable avalancha de guerra civil, dispuesta á causar la ruina de España.—El verano pasado hubo de aprovecharlo el clero vascongado en preparar los ánimos de la masa dócil para producir el alzamiento por ahora fracasado, y así se deduce del sinnúmero de fiestas religiosas y romerías á los santuarios organizadas en el Norte.— Los poderes constituidos, inconscientemente han servido de comparsas decorativas en estas santas juergas organizadas por el clero carlista, y todavía creo estar contemplando la jesulítica figura del señor Dato cuando, tras tomar un corto refrigerio en el *«Varso Ybái»*, el día 14 de Septiembre próximo pasado, se dirigía en carruaje descubierta, lleno de plácida unción religiosa y entre una compacta y belicosa masa de piadosos romeros cubiertos materialmente de cintajos y escapularios, á visitar en su espacioso santuario al santísimo Cristo de Lezo.

En Lezo se predicó en vascone contra el liberalismo y se aseguró que éramos herejes cuantos no lucíamos sobre el pecho, entre una confusión de cintajos ajitados, la sagrada efigie del Santísimo Cristo. El señor Dato, que entonces no se hallaba allí bajo la influencia engañadora de la famosa bola de Gobernación, debió haberse enterado de lo que en realidad suponían todos aquellos bullicios; pero sin duda estaba *durmien*.

En resumen: el carlismo vascongado no es político, sino clerical; y mientras el clericalismo prepondera dominador y pujante, y las órdenes religiosas no sean exterminadas completamente—entiéndanlo bien todos los Azcárragas devotos—subsistirá en pie el tremendo conflicto del carlismo en el Norte, y España vivirá intranquila bajo la constante amenaza de una nueva guerra civil.

DONATO LUBEN

Sueños del carlismo.

«Muchos son los absurdos que defienden los carlistas; incalculables son los errores que mantienen de continuo; infinitas las esperanzas que abrigan, sin ningún fundamento sólido; pero ninguna esperanza, ningún error, ningún absurdo tan grande como el manifestar la creencia de que nuestro Ejército, que ama las libertades tanto como á la madre Patria; que adora á la democracia igual que al glorioso uniforme que viste, puede prestar oído á ideas absolutistas, reaccionarias, despreciables, que convertirían la España del siglo XIX en la España de Felipe II, en cuanto con el régimen político tiene relación directa.

¿Cómo había de admitir el Ejército el imperio de la sotana sobre el uniforme, que hoy es la garantía más firme y segura de la libertad?

¿Cómo había de prestar su concurso el Ejército al Pretendiente, que es uno de los autores de la decadencia de nuestra Patria con motivo de las tres guerras civiles que han provocado sus insensatas ambiciones?... ¿Cómo había de hacer nadie traición á la bandera jurada para secundar al que ha convertido los campos españoles en ríos de sangre, impulsando al hermano á que luchase contra el hermano y al hijo con el que lo engendró, en una guerra inhumana y cruel, que nos desprestigió ante el mundo y gastó nuestras energías sin ningún resultado práctico?...

No, el Ejército no ha sido, ni es, ni será nunca carlista, porque abomina de las aspiraciones odiosas que esa bandera significa, y porque, amante de la libertad, aborrece el absolutismo con todas las fuerzas de su alma.

Todos los programas podría admitir el Ejército, desde el de Pablo Iglesias hasta el de Salmerón, todos menos el que representa don Carlos. Sépanlo así los que pretenden desprestigiar á los que visten el glorioso uniforme de los defensores de la Patria, suponiendo que podrían avenirse á hacer traición á la hermosa democracia, á la santa libertad que los sostiene y los alienta.

Y habiéndose demostrado que los carlistas lo han dicho—que el monte no es el camino derecho para ir á la plaza de Oriente, y hallándose el Ejército dispuesto á combatir siempre á sangre y fuego á don Carlos, después de esto, ¿qué aspiraciones pueden tener los partidarios del Señor?

Sóñar, sólo soñar, lo que siempre ha hecho el carlismo cuando no ha ensangrentado nuestra Patria sin resultado positivo, poniendo la civilización y la lógica á los pies de las naciones extranjeras que nos llaman ingobernables y bárbaros, basándose en nuestros propios errores y en nuestras propias flaquezas que nos impiden limpiar definitivamente de traidores la Nación querida, el país heroico, digno de mejor suerte de la que le deparan algunos de sus hijos con sus insensatas ambiciones.»

Me enorgullecí ver confirmado en *La Correspondencia Militar* lo que yo dije hace dos números acerca de que el Ejército no puede ser carlista.

No, no puede serlo. Y ya se convencerán algún día los miserables que lo insultan sólo con suponerlo.

OTRO MENOS

Don Fernando Romero Gilsanz, individuo del Directorio de la Unión republicana, ha fallecido.

Desde joven militó en el partido progresista, y cuando después de la revolución éste se dividió, no obstante la amistad personal que con Sagasta entonces le unía, se puso al lado del señor Ruiz Zorrilla, habiendo prestado inapreciables servicios á su partido.

Fué diputado distintas veces, y respondió todas á la confianza que depositaron en él sus correligionarios.

Despuntaba por lo leal y caballeresco y era muy apreciado por cuantos le trataban. En dos ocasiones defendió como abogado á El Motín en los tribunales, sacándole absuelto en ambas.

Reciban sus hijos y demás individuos de su familia el pésame más sentido de quien le contaba entre uno de sus más queridos amigos.

El 4 del actual sorprendió desagradablemente á los tranquilos vecinos de Carabanchel bajo, el oír por mañana, tarde y noche muchos tiros, disparados con escopeta ó trabuco, ó ruedas ó cohetes, acompañados de un campaneo incessante, con espantosa gritaría y algazara de vivas; tanto, que se alarmaron y se pusieron en guardia los que profesan las ideas liberales, (la mayoría), creyendo que había entrado en el pueblo alguna partida carlista.

Al echarse á la calle para averiguar lo que hubiere y obrar en consecuencia, advertieron que todo aquello salía del convento de frailes apodado Casa Corrección de Santa Rita, y entonces se lo explicaron todo. Como era el santo del *Chapa*, se entregaban á tan brutales expansiones, á pretexto, dijeron, de que el prior del convento se llama Carlos también.

Estaban los carcas rústicos en el campo, y era preciso significarles de algún modo que los urbanos simpatizaban con ellos.

De lo que no tengo noticia es de que el alcalde haya sido destituido, por consentir, faltando á las ordenanzas municipales, que disparen tiros dentro de las poblaciones.

¿QUE HACEMOS?

¿Qué hacen los republicanos? ¿Dónde están que no se les ve? ¿En qué piensan que no dan señales de vida?

¿Vamos á esperar que los monárquicos establezcan la República? ¿Pretendemos que el Trono espontáneamente se reduzca á encasquetarse el gorro frigio? ¿Existe una Unión Republicana y una dirección que la encamine al cumplimiento de sus fines?

¿Son tan pequeños los dolores que afligen á esta Nación sin ventura y los siente tan poco, que permanecemos quietos, mientras en torno nuestro todo se derrumba?

Los carlistas han pactado con Inglaterra la destrucción de nuestra nacionalidad. Hase cumplido la primera condición del pacto. Esa infame ralea con el dinero inglés hace correr sangre española.

¿Vamos á verlos encolmados? ¿Contemplaremos impasibles cómo el gran crimen se realiza? ¿No tenemos una sangre que derriamar con una vida que perder, antes que permitir que la enorme iniquidad se perpetre?

Son los animales más inofensivos, y se defienden cuando se les acosa.

¿Seremos menos que animales? ¿Será cierto que España debe figurar en la categoría de naciones moribundas?

No debe ni puede ser, y no será.

(EL CLAMOR PÚBLICO, Ferrol)

Un profesor de dibujo de Vergara fué en peregrinación al Cristo de Lezo. Rezó, adoró al Cristo, y tomó el tren.

Al bajarse en una estación cae, se estropea lo bastante para necesitar la unción, y á los diez días abandona este misero valle de lágrimas.

No puede un hombre meterse ya ni en dibujos carcas, confiado en eso que dicen de que la intención salva.

CRÓNICA

SUAVIDADES Y DULZURAS

¿Cómo andará de ideas carcundas y reaccionarias el clero, cuando este gobierno, en el que hay por lo menos cuatro ministros clericales con mareadismos y conocidas aficiones á la sacristía, se ha visto obligado á prender tantos curas comprometidos ostensiblemente en la intentona facciosa?

Y eso que las autoridades no se han metido en muchas honduras y se han limitado á prender á los clérigos excesivamente levantiscos que han tenido la imprecación de dejarse sorprender con las manos en la masa. Si las indagaciones hubieran sido hechas más minuciosamente y extendiéndose á los frailes y demás comunidades religiosas de todas clases que anidan en España, seguramente no habría habido cárceles suficientes para dar alojamiento á tantos reverendísimos carlistas como hubieran resultado.

¿Dirán ahora que veíamos visiones lo que hemos señalado siempre al elemento clerical como rémora del progreso y de la libertad y como el mayor y más decidido apoyo de la reacción y el carlismo?

Ahí tienen el beatísimo Azcárraga, el archicatólico Ugarte, el clerical Vadillo y el superneo Sánchez Toca, la mejor prueba de que la inmensa mayoría del clero es carlista, y, por consiguiente, enemiga declarada de las instituciones y el régimen que ellos están obligados á defender como ministros. Ahí tienen también sobradamente justificada la razón de nuestros eternos clamores y protestas, y el por qué el país en su mayor parte se lamenta de que los gobiernos de la monarquía constitucional le sangre todos los años sacándole cuarenta y pico millones de pesetas para mantener un elemento que no sólo trabaja por matar las ideas liberales del pueblo, embaucándole y fanatizándole, sino que conspira por derribar las instituciones que tan pródigamente le atienden.

Triste es favorecer y alimentar la traición y la ingratitud cuando se hace por ignorancia y sin darse cuenta de ello: pero hacerlo conscientemente; criar cuervos sabiendo que han de hacer lo posible por sacarle á uno los ojos, es, además de triste, todo lo necio y ridículo que puede imaginarse. Y esto le ha sucedido á la actual situación con el clericalismo.

Le da al clero una millonada todos los años y le colma de atenciones y complacencias para tenerlo contento, y él conspira en favor de la causa carlista y emplea el dinero en armas para lograr su triunfo. Consiente que la nación se llene de conventos para que los frailes tengan aquí el albergue y refugio que se les niega en casi todos los países ya escarmentados de tales huéspedes, y ellos convierten cada monasterio en un centro de conspiración y depósito de armas, pertrechos y arcos de campaña para los carlistas.

Y todo esto sabiéndolo de sobra los gobernantes. Hay que hacerles á éstos la justicia de creer que, aunque muy católicos, muy religiosos y muy reaccionarios, no son carlistas; pero de tal modo han procedido, que casi casi cuesta trabajo el hacérsela. No tienen presente aquello que se decía con respecto á la mujer de César. No basta ser honrada... Estos conservadores de última hora que nos han gobernado no serán carlistas, pero han parecido serlo.

¿No? Ahí está su conducta de antes; ahí está su proceder con los carlistas que han preso, sobre todo con los que son eclesiásticos ó tienen alguna significación social. No parece sino que los han prendido á la fuerza, porque no tenían más remedio. ¡Qué miramientos con ellos! ¡Qué amabilidades! ¡Qué atenciones! Una amonestación del señor gobernador... Un registro en el domicilio... Un destierro á veinte kilómetros... Para meter á algunos en la cárcel ¡cuántas pruebas no han sido necesarias! Y después ¡cuánta parsimonia! ¡cuántas vacilaciones!... Todo así,

con mucha suavidad, con mucho comedimiento. No han querido exasperarlos. Parece como que temían fáciles y próximas represalias. ¡Cuánta dulzura y cuánto espíritu evangélicos en las autoridades!

¡Ira de Dios, si los sublevados en partidas armadas hubiesen sido republicanos! Aquí hubiera arvido Troya. ¡Apenas si los Consejos de guerra hubieran funcionado con rapidez, dictando sentencias por procedimiento sumarísimo, é imponiendo penas severas á los aprehendidos, á los que se hallasen complicados y aun á los que cualquier polizone hubiera señalado como sospechosos! Todo rigor habría parecido poco para castigar el atentado.

Pero... ¡eran carlistas! Como quien dice, primos hermanos; y claro está que los disgustos, las diferencias y las disputas entre familia suelen arreglarse con menos rigor y encarnizamiento que si se tratase de extraños.

Vamos, que no pueden quejarse los carlistas.

Ni aun de la prensa; de esa gran prensa liberal, que en esta ocasión hasta ha tenido la delicadeza de no agitar mucho la caja de los truenos para no alborotar á las gentes.

¡Valiente chasco han dado los periódicos de gran circulación á los muchos aficionados que aún quedan por ahí al género épico y altisonante!... ¡Ahora si que vamos á leer artículos enérgicos y valientes!—declan— ¡No es nada los tropos y las figuras retóricas que se van á emplear por los grandes diarios hablándonos de la reacción, del absolutismo, de los tiempos medioevales—frase consagrada—á que pretende retrotraernos el carlismo; de lo arcaico y anacrónico de las ideas que representan! ¡Oh! Esos artículos, volando por toda España, levantarán el espíritu liberal del país, pintarán con negras tintas los peligros de la tiranía que nos amenaza; al *«moro de Venecia»* le pondrán como digan dueñas; nos recordarán elocuentemente con frases conmovedoras los grandes sacrificios y la preciosa sangre á cuya costa se han conquistado las libertades públicas modernas... ¡Oh, ilusiones engañosas!... ¡Qué decepción!... Es natural. Las finas plumas de acero que hoy se usan no pueden compararse con las toscas de ganso de antaño. ¡Iba á caerse en tales ridiculeces y cursilerías!

No; no pueden los carlistas y los elementos reaccionarios y clericales que les favorecen y apoyan tener grandes quejas. No han triunfado todavía; quizás no logren triunfar nunca; pero en esta intentona han sido tratados como si el triunfo lo hubieran tenido seguro.

Mal anda el país de cualidades morales; mal sembrada y peor recogida está la semilla de la civilización entre las clases populares; ineducado é ignorante es el pueblo; esto causa lástima y dolor considerarlo; pero si se tiende la vista hacia esas otras esferas sociales en que viven y se agitan las gentes cultas, ilustradas, intelectuales, que deberían ser el baluarte de las ideas de la época y que están obligadas á dar ejemplo de virtudes morales y de valor cívico, poniéndose con alma y vida enfrente de la reacción vergonzosa que amenaza la libertad y el progreso en España, siéntese náuseas, repugnancia, asco, al contemplar tanta indolencia, tanta cobardía.

¿Cómo ha de triunfar así, ni la República, ni ningún otro ideal moderno!

Lo extraño es que, aunque sea en el exterior de la agonía, aliente aquí el débil soplo de libertad que aún nos queda.

JOSÉ CINTORA

León XIII, agradecido al dinero que le han llevado de Bilbao, ha enviado un rosario de oro de regalo á la Virgen de Begoña.

¡Y lo que yo lo hubiera elogiado, si se acuerda de hacerle un donativo de igual valor á cada uno de los artilleros que se reventaron aquel día al hacer las salvas!

OTRO VOTO

«Al lado de las autoridades estaremos, dispuestos á ayudarlas en todo lo que á la cuestión carlista se refiera; pero si en las actuales circunstancias esas autoridades no quisieran ver con los ojos de la realidad, creyendo que en Játiva no existen más carlistas que aquellos que pudieran empuñar las armas, cuando venga el momento, sabremos demostrar lo contrario ante tal ceguedad.

Para defender la libertad estamos dispuestos á derramar hasta la última gota de nuestra sangre, y con nosotros muchos, muchos liberales setabenses: ya lo saben las autoridades—

EL PROGRESO (Játiva)

Repetirán la suerte

El gobierno se muestra muy satisfecho por la extinción de las partidas carlistas, pero el país no participa de sus optimismos.

Los siervos de don Carlos se retirarán, pero repetirán la suerte. Sin miedo á error puede afirmarse, que pasado algún tiempo volverán á intentar un nuevo ataque contra el régimen liberal, con la confianza del que no ha sufrido escarmiento duro, y al sublevarse se expone á ganarlo todo sin sufrir nada.

Si vive el carlismo cerca de un siglo y España ofrece el espectáculo triste de estar aún pendiente aquí el pleito entre el absolutismo y el régimen constitucional, cuando todo el mundo ha tiempo que falló esta cuestión, débese más que á la fuerza de tan odioso partido, al cariño y bondad con que

le trataron siempre los gobernantes monárquicos.

Oien veces más imponente y terrible que nuestras dos guerras civiles, fué el alzamiento de la Vendée contra la primera República francesa. Larrochejaquelin, Charette, Stofflet y demás caudillos del realismo bretón, eran gente de mayor valía que los cabecillas carlistas, y el alzamiento vendeano tuvo en ciertos momentos un carácter caballeresco que jamás alcanzaron nuestras guerras civiles. Y, sin embargo, la Vendée sólo se sublevó por el realismo una vez. Cuando en tiempos de Napoleón I y de Luis Felipe intentaron los Borbones reproducir la insurrección, la Vendée permaneció muda, y el fracaso no pudo ser más ridículo. El correctivo duro y enérgico que la primera República, por mano de sus generales, supo imponer al realismo en armas, acabó para siempre con el espíritu de rebelión reaccionario, y no quedaron realistas con ganas de sublevarse en nombre del pasado.

Aquí ocurrió siempre todo lo contrario. El ejército, en las dos guerras civiles, se batió bravamente contra el carlismo; pero el pobre militar, con el cuerpo agujereado por el plomo absolutista en los campos de batalla, vió con asombro, como dijo Leopoldo Cano en una de sus comedias, que muertos en la trinchera resucitaban en Madrid, ó, lo que es lo mismo: que los carlistas zurrados en el monte se han mostrado después insolentemente en las ciudades, protegidos por el gobierno y ocupando los mejores puestos.

Las guerras civiles, para que no retoñen, deben ahogarse en sangre como la de la Vendée, y aquí acabaron todas con pactos y con dinero. ¿Dónde están los carlistas de alguna importancia que hayan sufrido y pidan hoy limosna por haberse arruinado en bien de su partido?

El carlismo fué siempre un medio seguro para hacer carrera ó fortuna. Más de la mitad de los que se calaron la boina en las pasadas guerras y de los que piensan calársela el día en que se formalice otra lucha, creen en don Carlos tanto como yo; le tienen por lo que es, un lúgubre vividor; pero ven en el carlismo un medio de abrirse paso, de salir de su condición de bohemios sin profesión, de vagos con horror al trabajo. Puestos á escoger entre los partidos extremos, no vienen al campo republicano porque nosotros no lanzamos partidas al monte, y en nuestras revoluciones, de corta duración, lo primero que se decretó siempre fué la «pena de muerte para el ladrón, el asesino y el incendiario», y se van con el carlismo, que es la vuelta á la vida primitiva y selvática, sin más ley que la fuerza ni otra norma que el capricho, á repetir el saqueo de Ouenca y las violaciones y asesinatos que presenciaron innumerables pueblos.

¿Cómo ha de extinguirse el carlismo, si el ejemplo de su impunidad hace más propaganda que cuanto puedan decir los periódicos y los oradores del partido? El muchacho rudo y brutal que llama la atención en un pueblo por su poca afición al trabajo, desea como una felicidad que se formen partidas carlistas. Ve al rico propietario don Fulano, que antes de la última guerra era un pelagatos y volvió de las filas carlistas con una fortuna adquirida en el robo de tal parte y el saqueo de tal otra, disfrutando de su capital sin sufrir la menor molestia, antes bien respetado por todo el mundo como una persona religiosa y seria. Ve á Zutano, que era antes sacristán; llegó á jefe en cualquier horda carlista por ser más bruto que los compañeros, y al terminar la guerra por convenio, se encontró oficial del ejército, relegado á la reserva, postergado, todo lo que ustedes quieran, pero con una paga y la consideración que da un uniforme, lo que jamás habría conseguido continuando en su pueblo como un hombre honrado.

Y á la vista del corruptor ejemplo, el vago se dice: «¡Al carlismo! ¡A hacer carrera!», y piensa con sonrisa astuta, en los pocos riesgos que se corren sublevándose por el absolutismo. Con librarse de las balas en los combates, ya se tiene asegurada la vida y el porvenir. En España se fusila por todo, menos por ser carlista. Pueden contarse con los dedos los partidarios del pretendiente ejecutados en la última guerra. En cambio, sería interminable la lista de los soldados asesinados después de las contadas derrotas de nuestro ejército y de los liberales martirizados y hechos trizas inquisitorialmente.

El gobierno del Santo Azcárraga más trase satisfecho por el término de esta intentona y dice con gozo serafico que los carlistas de las partidas de Cataluña han vuelto á sus casas «reanudando tranquilamente las faenas del campo.»

¡Angelitos! Han muerto varios soldados, han herido guardias civiles (hechos que el gobierno tiene buen cuidado de ocultar), y ahí los tienen ustedes trabajando en el campo tranquilamente, esperando tal vez que el bienaventurado Azcárraga les dé las gracias y les envíe un diploma perpetuando su buena acción.

Y en esa misma Cataluña, en Santa Coloma, se fusiló á dos honrados oficiales del ejército por PENSAR en sublevarse por la República. Y en la Serreta, cerca de Alicante, se asesinó á siete muchachos republicanos que todavía no se habían sublevado. Y en los presidios de Africa y la Península están esparcidos unos cuantos labriegos republicanos de Oatadau que salieron de partida en días tristes para España y NO MATARON á nadie ni hicieron fuego contra la guardia civil.

Los que creen que los carlistas forman un partido franco y sincero están en un

error. Eminentemente clerical, tiene todas las mañas y astucias del jesuita.

Cuando se sublevaron, quieren evitar en los primeros momentos la explosión del sentimiento liberal y se dedican a decir a los republicanos:

—Con ustedes no va nada. Esto es contra la actual dinastía, tan enemiga de ustedes como nuestra. Debían ustedes ayudarnos.

Y dicen esto sin perjuicio de proponerse fusilar a los republicanos tan pronto como las partidillas se conviertan en batallones.

Ahora, después del fracaso, convencidos de su *plancha*, dicen con el miedo al castigo:

—Esto ha sido una intencional descabellada que no hemos autorizado. Seamos hermanos: todos somos españoles.

Que es poco más o menos la misma copla que cantaban los carlistas en la primera guerra civil:

Si don Carlos triunfa
seremos los amos;
si los otros vencen
seremos hermanos.

Y este gobierno de sacristanes, cerrando los ojos ante los depósitos de Maüssers, los uniformes hechos con tanto secreto que únicamente pudieron ser confeccionados en conventos de monjas, y todos los preparativos formales de guerra, finge creer que las partidas han sido obra de cuatro locos ó de manejos de Bolsa.

Siga la complicidad. Ya se encargarán los carlistas de demostrar cómo agradecen esta protección... repitiendo la suerte.

BLASCO IBÁÑEZ

LEYES CARLISTAS

BASES RELATIVAS AL CLERO

Lea el clero secular atentamente estas bases, y con sólo eso comprenderá que el carlismo sería su perdición y ruina, dejándolo reducido a la condición de fraile de segunda clase, esclavo del fraile de verdad; que éste se dispondría a quedarse el solito, sin otro clero alguno de España en plazo no muy lejano, á semejanza de Filipinas, y que tal es el bello ideal del moderno ultramontanismo.

1.ª Para que los sacerdotes se conserven en la piedad y el pueblo los reverencie, vivirán fuera de toda influencia sealar. Al afecto, los *canónigos vivirán todos en comunidad* como en siglos anteriores. Todos, sacerdotes y ordenados en su vida de cada parroquia, habitarán juntos bajo un techo, *scriptus por hombres solteros y bajo la presidencia del párroco*.

2.ª En todos los pueblos los sacerdotes vivirán también en una casa y servidos por criados solteros. En todas las casas rectorales habrá una dependencia donde se hospeden los eclesiásticos transientes y de ninguna manera en mesones, fondas u otras casas.

3.ª Se formará una *gerarquía* (¿) de célibes afiliados al clero para servir á los sacerdotes y á las iglesias en cargos de sacristanes, organistas, campaneros, bedeles y demás menesteres del culto divino.

(Ya lo veis, sacerdotes; se acabó la libertad, se acabó el hogar, se acabó la familia; no habrá en casa mujer alguna, ni aún la madre, ni hombre lúcido, aunque fuera el padre; adiós vida social; adiós libertad de viajar y de parar en una triste posada. Con estas medidas padecerán la familia, el patriotismo y todo elevado sentimiento humano, pero crecerá la inmoralidad y el esteticismo de un modo asombroso.

Por si había pocos rebiles en la sociedad, se creará una nueva clase de solteros forzados, con el nombre de cristianos acólitos y demás oficios, que en adelante llevarán parejados la condición baja de criados de los curas.

Esto es *afriararlo* todo, atacar á la familia y matar hasta la sombra de la libertad. La prueba de que es lo que se haría, la tendis en los esfuerzos que se vienen haciendo para convertir en claustrales las colegiatas, como ya se ha hecho con la de Roncesvalles y la de León.

A esto se llama restauración de la disciplina, palabras que suenan muy bien en los oídos de los neos que son casados ó... lo otro y no se han de claustrar; pero en los oídos nuestros deben sonar fatidicamente á cruel despotismo é insufrible vida de esclavitud.

Y ahora, oíd lo gordo; el decreto de vuestra muerte, y la exaltación de la tiranía sin freno ni limitación en su derecho de vida y hacienda sobre vosotros.

4.ª Se reconocerá á los arzobispos, obispos, vicarios, provisoros y demás autoridades eclesiásticas, lo mismo que á los abades, priores, guardianes, prebostes, ministros y demás superiores religiosos de ambos sexos, todas las facultades, prerrogativas y jurisdicciones en lo espiritual, en lo temporal y en lo penal, que tuvieron antes de la época constitucional.

En consecuencia se restablecerán las cárceles de corona, los alguaciles y la policía de los prelados y todos los tribunales con sus derechos de encarcelar, dar tormento, sentenciar á prisión temporal ó perpetua y aun otras penas afflictivas mucho más graves; (entendido, entendido; la pena de muerte) sin que los gobernadores, jueces y demás funcionarios legos de cualquier orden ó categoría, puedan intervenir, impedir, coartar ó limitar la onnipotencia de los tribunales y autoridades eclesiásticas sobre sus súbditos; antes bien deberán auxiliarse incondicionalmente y recibir de ellas á los reos que les entregaren relajados al brazo secular, para castigarlos como sea conveniente.

(Vamos, si; cuando no convenga matar á un cura en las tenebreas de la meznorra y si en la plaza pública, que sea el poder lego un verdugo al servicio de los obispos ó los piores.)

¿Lo habéis leído, clérigos? ¿Lo entendéis, madres que tenéis hijas curas ó seminaristas? ¿Qué os parece, amas de cura, primas, sobrinas, hermanas y demás parientes? Pues eso es lo que todos podéis esperar del carlismo, amén de la miseria y la deshonra; porque en esas *facultades* que se quiere restaurar, está la de emplumarnos, encarcerarnos y desterrarlos por sospechas de concubinato, etc., etc. Con que á favorecer ahora el carlismo, que ya os pagará en buena moneda. Preguntad á los carlistas, ¿á que ninguno responda de que no se hará todo eso?

BASES RELATIVAS Á LA PRENSA

1.ª Se restablecerán todas las antiguas leyes y disposiciones sobre la previa censura de escritos, impresiones, láminas, dibujos y toda clase de publicaciones, en la forma que se hallaba antes y con la intervención del Santo Oficio y de los prelados y censores, sin perjuicio de los que por su parte nombre el Estado.

2.ª Todo escrito contra la autoridad de la Iglesia (esto quiero decir contra las personas, censura de sus actos públicos, crítica religiosa y cuanto no sea tributar desmedidas alabanzas) será castigado con fuertes multas y confiscación de bienes ó presidio.

3.ª Se prohibirá la publicación (ojo, señoras) de figurines y de todo periódico que fomenta el lujo y la moda. Los desobedientes serán reducidos á prisión y castigados con subidas multas.

4.ª Se mandará entregar á la autoridad eclesiástica bajo penas que sirvan de ejemplo escarmiento, todo libro ó impreso de cualquier género que sea, en que se halle una blasfemia, herejía ó desacato, y públicamente será reducido á ceniza y castigado su autor si vive.

5.ª No solamente los libros que traten de religión, ciencias y artes serán sometidos á la censura eclesiástica, sino todo impreso, sea del género que quisiera; y sin esta aprobación, los autores y propagadores serán castigados con presidio, según la entidad del caso.

(No lo olviden los escritores y periodistas benévolo con el carlismo; ya saben lo que les espera.

BASES RELATIVAS Á ASOCIACIONES

1.ª Debiendo cerrarse absolutamente todas las sociedades que bajo los nombres de casino, ateneo (aquí de Echegaray, Pedrell, Azcárate, donña Emilia, Menéndez Pelayo y otros ateneístas complacientes con el clericalismo), círculo, club y otros, de los cuales consta por experiencia que son corruptores; si alguno por ser bueno (sí, como el círculo carenda de San José, etc.), fuera tolerado, no funcionará en días de fiesta.

2.ª Serán disueltas inmediatamente todas las sociedades ó compañías establecidas para depósitos ó bancos particulares. (Lo oye Núñez de Arce, tan clerical en Madrid y tan anticatólico escribiendo para América? ¿Se enteran Rolland, Concha Ostañe y demás neos bancarios?) También *perderá el papel moneda*, los juegos de Bolsa y toda invención semejante sujeta al azar. (Esto sí que no lo creemos de los carlistas; el fraile autor de las bases consignaba sus deseos, pero no conocía bien á esas gentecillas.)

3.ª Los gobiernos establecerán el Banco Nacional, pósitos y montepíos que nacen de raíz la usura (este pobre fraile olvidaba que todo neo es usurero hasta la médula) y las ambiciones particulares... (Querria decir las que no sean de la alta clerecía y de los frailes... dueños de toda la hacienda.)

(Continuará.)

En todas partes cuecen...

Siguen los obreros fraternizando.

«Leyendo *El Socialista*, algunas veces nos hacemos la pregunta que cuando éramos niños nos hacíamos al oír disputar dos maritornes: ¿De dónde sacan esas palabras tan feas? Sin embargo, las susodichas maritornes maltrataban á su rival cara á cara, nombrándolo con sus pelos y señales. No llega á tanto la honradez ni la sinceridad del *Bramido Socialista*. Teme que sus lectores se enteren con quién disputa y sepan que le han llamado vividor, farsante y policía sin que haya pedido pruebas de acusación tan grave. Por eso no nombra á Montseny cuando intenta difamarle, ni á *Suplemento* cuando arroja sobre este periódico la baba del despecto y de la infamia. El rebaño que ordeñan los jefes socialistas compraría *El Suplemento* y *La Revista Blanca*, y sabría lo que hoy ignoran: que están dirigidos por cuatro canallas.»

Lo copiado, se lo arroja á la cabeza á *El Socialista*, *El Suplemento* á *La Revista Blanca*.

En cambio *La Lucha de Clases*, socialista, le dice á un anarquista de Sestao, llamado Aquilino Gómez, que ha estado en la cárcel «por imitar la conducta del célebre José María, que fué también un *libertario* á su manera».

En todas partes etc.

¡Viva la Inquisición!

Seamos lógicos, señores; seamos lógicos y aprendamos del enemigo las mañas, artes é intrínsecas de que se valió en todos tiempos para perseguir, anonadar y confundir las ideas liberales. Aprovechemos sus enseñanzas, démosle en parte gusto á sus aspiraciones, satisfagamos sus santos pensamientos, y lograremos limpiar el suelo español de bonifas reaccionarias y de pjaras de parásitos.

Otras cerriles, frívolas barberos, beatos estúpidos y beatas libidinosas, gritan con-

tra el progreso, apostrofan al liberalismo, y piden el restablecimiento de la Inquisición para robarnos, atenuarnos, hacernos desaparecer del mundo, para que sobre montones de ruinas y de huesos calcinados, reine el corazón de Jesús y el fraile bestial y lujurioso.

Pláceme el sistema, gústame el procedimiento, y entusiasmado grito: ¡viva la Inquisición!

Si; ¡viva la Inquisición! ¡diable!; démosles gusto y restablezcámosla pronto, pero obrando en sentido inverso como ellos la desean: manejada y dirigida por liberales, republicanos, masones y librepensadores, que persigan, encarcelen, aspen, rapen, morden, polizquen, abrasen, descuarticen, destierren y hagan otras cien mil barbaridades con cuantos huelan á reaccionarios, carlistas y beatos.

¡Con qué placer asistiríamos á un solemne auto de fe, amenizado por bien dirigidas bandas de músicas que entonen la Marseles, el himno de Riego, el Trágala y otros que exciten la bilis de los reaccionarios, y veríamos marchar á compás, curas trabucaires, usureros ladrones, agiotistas encanallados y demás sabandijas que roban al pueblo, rezan como desecados y dan dinero para suscitar guerras criminales, capitaneadas por obispos y aristócratas absolutistas, vestidos unos con corozas adornadas de botnas, trabucos, puñales, hisopos y corozas de Jesús, y otros, los acusados de *leves*, ostentando sambenitos rojos y la cabeza cubierta por solideo infamante, guardados por voluntarios de la Libertad que vigilarían la recua para que no se escapase ni uno!

Y luego, ¡cómo nos holgaríamos, viendo azotar á unos, agarrar á otros, quemar á los de allá, descuartizar á los de acá y al pueblo bailar al rededor de las hogueras cantando el *Ca ira* y la *carmañola*!

Vamos, se relame uno de pensar en ello.

Además, ¡con qué fruición llevaríamos á cabo la confiscación de los bienes atesorados por esas sanguijuelas lúicas y religiosas, para que formasen parte del Tesoro nacional y sirviesen para pagar la deuda pública contraída para alimentarlas en la holganza, y construir obras que redundasen en bien del país!

¡Qué es bárbaro y cruel el sistema! Pues bárbaros y crueles son ellos que pretenden aplicárnoslo á nosotros. No hay mastodonte con sotana que no herree desde el púlpito pidiendo la Inquisición para exterminarnos; ¡por qué no la hemos de pedir nosotros para exterminarlos á ellos!

El gran Víctor Hugo dijo, que los inexorables producen inexorables; y si ellos lo son ¡por qué no lo hemos de ser nosotros! ¡Ojo por ojo, diente por diente, oreja por oreja, uña por uña! Si; golpe por golpe. Inquisición por Inquisición, caiga el que caiga. Y si á nosotros nos toca caer, caigamos con honra y muramos escupiendo al rostro de los hipócritas este sencillo apóstrofe: «¡Cochinillo!»

IGNACIO RODRÍGUEZ ABARRÁTEGUI

RECOMPENSA

Aterido por la nieve y azotado por los vientos, á la ventura camina el desventurado viejo. Son sus pies torpes y flojos menguado sostén del cuerpo, y á los agobios del asma parece un fuelle su pecho. Aquellos brazos temblones que el hambre ha dejado secos, dos palancas del trabajo en la oscura mina fueron, con fuerza de catapultas y resistencia de acero.

Esclavo de capataces, galeote del opulento, carnaza de la codicia, topo humano del subsuelo, de las entrañas maternas pasó, ignorado y contento, á las entrañas de un monte, donde infatigable y terco dejó marcada con sangre su larga historia de sirvo. En las horadadas peñas el impúber se hizo virje, con apetitos de bestia y aspiraciones de réprobo... La oscuridad de la mina penetró hasta su cerebro; de los desgozados bloques dureza tomó su pecho; fué la mina su amor único, el pío su compañero... Cuando gastado y encenque, faltáronle los arrestos y suplió la vagoneta al fuerte pico de hierro, y la sociedad minera hizo traspaso de créditos, sin socorro, sin amores, sin hogar y sin consuelos, aterido por la nieve

y azotado por los vientos, implorando una limosna que le niegan sus negreros, á la ventura *he* camina el desventurado viejo.

V. SERRANO CLAVERO

LOS INTECRISTAS

«Temibles son todavía los carlistas en España por las influencias de que gozan en

altas esferas y entre las gentes de Iglesia principalmente, y odiosos por los principios absolutistas que sustentan y por los medios aborrecibles que emplean para conseguir su implantación. Pero en medio de todo, no deja de haber algunos en quienes reconocemos sinceramente su convicción y el valor de que dan muestras exponiendo la vida si es preciso en aras de sus ideales.

Lo que no tiene calificativo es la conducta despreciable y asquerosa de esos integristas, que siendo carlistas de origen y de temperamento, ayudan á los otros en los trabajos de conspiración, les azuzan para que se echen al campo, les acogen en sus domicilios y aun si á mano viene les proporcionan dinero y fusiles, para ellos quedarse en casa, y cuando ven aproximarse el chaparrón decir, sin que nadie se lo pregunte, «¡tío, yo no he sido, nosotros no somos carlistas, y en prueba de ello, que en la pasada guerra tomamos el fusil y formamos en las filas de la milicia republicana para defender á nuestra ciudad de las embestidas de Savalls.» Esto es indigno é infame, y los mismos carlistas de buena fe ya se van persuadiendo de ello.

A esos hipócritas cobardones, que lo mismo se venderían á Jesús que al diablo, hay que darles con la punta del pie en el trasero y arrojarlos sin piedad de todas partes donde haya gentes honradas de cualquier partido que sean. Son los prostituidos á quienes ya no les queda otro recurso que el de servir de alcahuetes.»

Tiene mucha razón *El Ampurdanés* de Figueras al decir eso. Esa indigna fracción de vividores indignos que milita á las órdenes del teñido Necedal, es la que principalmente ha debido vigilar y encarcelar el gobierno, por haber venido á justificar en estos tiempos la frase de que si hay algo más despreciable é infame que el verdugo, es su ayudante.

Guerra, pues, á esa fracción de *desteñidos* en la dignidad y en la honra, que obligan á todo hombre á sostener cara á cara sus convicciones.

Otro que se expontanea

¿En qué se conoce que hay republicanos en Valladolid? ¿Cuáles son las señales que dan fe de su existencia?

Tenemos dos casinos republicanos acometidos de la más desastrosa de las anemias por falta de socios.

Una escuela lúica á la que sucede tres cuartos de lo mismo, y un periódico *único* del partido, de publicación semanal, que vive, como dice Nakens, no porque pueda vivir, sino porque quiere su propietario que viva.

Un partido que no sostiene elementos tan convincentes y necesarios á sus propósitos de propaganda y á la demostración de su virilidad y de su fuerza, no es partido ni cosa que lo valga.

La fe y el entusiasmo por una idea se demuestran con el sacrificio que por ella se hace, y aquí no nos sacrificamos por nada ni por nadie.

Hemos quedado reducidos á tres ó cuatro docenas de fósiles, los únicos que pagábamos nuestras cuotas para el sostenimiento de los correligionarios emigrados, los que asistíamos indefectiblemente á los mitins y otras solemnidades del partido, cuando se celebraban, y los que aún soltamos la pobre mosca nuestra cuando se nos presenta la viuda del teniente Fulano, ó el huérfano del sargento Mengano, que fueron fusilados ó murieron llenos de miseria en lejanas tierras por defender la causa de la libertad y de la República.

Aquí ya no nos ocupamos de cosas tan baladías, y la política que hacemos en nuestras sociedades republicanas, se reduce á jugar al mus, al tute ó á la siete y media. Hablamos de la cosa pública cuando no se reúnen los pies suficientes para hacer la partida, y lo hacemos con mucha elocuencia.

Nos indignamos de las barbaridades que hace el gobierno; de la miseria que trae aparejado, para las clases obreras, el despilfarro gubernamental; del dominio escandaloso de las órdenes frailunas; etc., etc., pero todo esto dura hasta que penetra en el salón alguno que pueda completar la partida del tute ó del dominó. Desde aquel momento se acabó la política.

Si desea cualquiera averiguar la causa de semejante indiferencia, se oyen muchas y muy convincentes.

«Yo, dice uno, he venido trabajando por el partido desde hace treinta años. He votado concejales y diputados republicanos creyendo que sus gestiones en los ayuntamientos, en las diputaciones y en el Congreso iban á obtener algún fin práctico. La experiencia me ha demostrado que, lejos de acelerar el advenimiento de la República, lo han retrasado con sus tibiezas y hasta con sus complacencias con los monárquicos; y, francamente, perdida toda esperanza en los hombres, me retiré á mi casa.»

Este que se retira á su casa, nos sorprende á los pocos días con la novedad de que se ha hecho conservador ó gamacista.

«Yo, dice otro, seré republicano impenitente, como lo he sido siempre; pero me voy haciendo viejo y la tranquilidad de la familia es antes que todo. Pido, pues, la excedencia y á casita, que va á llover.»

«Yo soy republicano, agrega otro, pero me he convencido de que nuestro estado de cultura y de educación nos hacen incompatibles con esa forma de gobierno, que podrá prosperar dentro de veinte ó treinta años.»

«He echado los bofes, añade otro, por propagar las doctrinas republicanas, y no ha

tenido más premio este sacrificio que las murmuraciones de los unos y la ingratitude de los otros, y no estoy por echar más margaritas... republicanas.»

«A mí me entusiasman los principios democráticos y republicanos, pero ¡canario! un hombre de negocios no puede manifestar lo que siente porque los garbanzos peligran, y esto es antes que todo.»

Claro es que en el fondo de todos estos argumentos hay algo de verdad; pero así y todo, el que rinde culto ferviente á una idea y está compenetrado con ella, no la abandona por muchas que sean las defecciones y los desencantos sufridos.

Hay que advertir que en política hay pocos que ocupen el lugar á que sus aficiones les inclinan. Hay quien ha nacido para sacristán y está afiliado al partido republicano, al paso que conocemos otros que, figurando en las filas conservadoras ó sagastinas, tiene templanza ó inclinaciones mucho más democráticas.

Hay suscriptor de *La Revancha*, republicano él, que manda llevar el periódico á otra casa para que no se entre su cara mitad de que se entretiene en lecturas tan perniciosas, mientras hay otros suscriptores monárquicos que leen el periódico en familia y prohíben terminantemente á sus mujeres é hijos que atraviesen los umbrales de un convento. Atienen ustedes esta mosca por el rabo.

Hay republicanos que se borran de la lista de suscriptores porque les parece demasiado fuerte la campaña anticlerical que sostiene el periódico, y por ende atribuyen á esta campaña todos los escollos y todas las dificultades que se oponen al advenimiento de la República, creyendo ¡ilusos! ó aparentando creer, que haciendo el caldo gordo á frailes y jesuitas serían estos los primeros en ayudarnos á implantar la forma de gobierno. Es hasta donde puede llegar la candidez de tan estimados correligionarios. El fraile es como el gato. Se le pasa la mano por el lomo y paga la caricia con un gatuñazo.

Hay también republicanos al contrario de éstos, muy feroces, muy intransigentes, muy puritanos, que no leen *La Revancha* porque no manifiesta la valentía suficiente para atacar cosas y personas que hacen esto, lo otro y lo de más allá. Estos tales, denuncian hechos y cuentan historias sin pruebas suficientes para sostener su exactitud, pero si les dicen ustedes que el hecho ó la historia de autos se publicarán bajo su responsabilidad, huyen el bulto y se dan de baja en la lista de suscriptores, porque el periódico no tiene la valentía necesaria para ocuparse de hechos, por lo general injustificados. Pero ¿qué les importa á ellos que el periodista se vea envuelto en papel sellado? Son gajes del oficio de los que nadie hace caso.

EL OTRO

(LA REVANCHA, Valladolid).

ALGO ES ALGO

A vuelta de algunos distingos á que le obliga su significación política, y á propósito de un sermón trabucaire pronunciado por un tal Ubeda, guardián de los capuchinos de Antequera, en el que puso al liberalismo que no había por donde cojerlo, *La Época* desliza estos párrafos:

«Seguir el mismo camino en el púlpito, convirtiéndole en tribuna política, es profanar el magisterio religioso, haciéndole eco de las disputas de los hombres, no de las enseñanzas divinas.

Y puede ser además una propaganda sediciosa, que no deban consentir ni las autoridades eclesiásticas, á quienes el Supremo jerarca de la Iglesia aconseja el respeto á las autoridades constituidas, dar el César lo que es del César, ni tampoco las autoridades del Estado, obligadas por el derecho positivo y por el derecho natural á asegurar la paz pública y á no permitir que se excite á los ciudadanos á la discordia y á la guerra civil.»

Algo bueno ha producido la intención carlista: el que ya hasta los conservadores advertían que el púlpito es cátedra, no del Espíritu Santo, sino de Carlos Chapa.

Y algo es algo.

Pidió un muchacho asilado en Palma de Mallorca un poco de sopa más que la que le dieron, á pretexto de que tenía hambre; se la negó la monja maltratándole de paso, y el día siguiente, domingo, lo tuvieron encerrado en el calabozo, lugar infecto é impropio para seres humanos.

También fué exigencia la del chico. ¿Con qué se alimentarían los cerdos en la Vinaza y las aves de corral que cuida cierto funcionario, si toda la sopa, y todo el pan, y todos los guisos del establecimiento se los embaulasen los asilados?

Los animales son tan gratos á los ojos de Dios, como cualquier monja, cualquier director de hospital, ó cualquier diputado provincial.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á *El Motín* á 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

MADRID—IMPRESA, ENCARNACIÓN, 4.